

Presentación

¿Quién construyó Tebas, la de las Siete Puertas?, preguntaba Bertolt Brecht (1935) en boca de un obrero que leía y se asombraba de que los “grandes libros de la historia” solo nombraran a reyes y hombres representativos. Sabemos que la pregunta no era retórica: era una herida abierta en el corazón de la historia oficial, una fisura por la que se cuelan todos los rostros que el tiempo olvida. La Universidad, como toda institución humana, no escapa a esa tensión irresuelta entre los nombres que se graban en las placas conmemorativas y las manos —muchas manos— que pusieron los ladrillos, barrieron los pasillos, sirvieron el café, custodiaron las puertas en la madrugada y ordenaron, con paciencia infinita, los libros en los estantes. Esta idea se vincula con lo que el profético Walter Benjamin, pensador de los márgenes y las ruinas, advirtió al decir que la historia de los vencedores siempre amenaza con barrer a los vencidos: que cada documento de cultura es, al mismo tiempo, un documento de barbarie, porque detrás de cada obra celebrada hay un silencio que la sostiene. Leer juntos a Brecht y a Benjamin, en el umbral de este número conmemorativo, no es un ejercicio académico: es una forma de preparar los ojos para ver desde abajo y auscultar más allá de lo que dicen los datos históricos y las actas fundacionales.

Esta premisa nos obliga a pensar que la historia de nuestra universidad no inicia, pues, solamente en la visión ideológica de quienes la imaginaron y le dieron forma jurídica e institucional. Comprende también al obrero que cimentó las primeras paredes, al vigilante que abrió las puertas antes del amanecer, a la directora de programa que trabajó con su equipo durante meses la apertura de un espacio académico que transformaría la vida de cientos de estudiantes. Es el bibliotecario que conoce de memoria los anaqueles y que sabe, sin necesidad de buscarlo, dónde está el libro que nadie recuerda haber pedido. Es también el primer día de clase de un docente que llegó con el sílabo tembloroso en las manos y salió convencido de que enseñar valía la pena. Es también la historia de la asistente que resolvió en silencio el nudo administrativo

que habría detenido un proceso académico. Es la señora que barre los pasillos al amanecer antes de que llegue el primer estudiante y, por supuesto, entre muchos otros, es también la historia del vendedor de cafetería que aprendió el nombre de sus clientes frecuentes. Y todas estas pequeñas historias confluyen en la gran historia de esta casa de estudios. En su sentido más profundo y más verdadero, es una historia coral: polifónica, entretejida, hecha de voces que rara vez aparecen en los grandes libros pero que, sin embargo, la sostienen y la hacen posible cada día.

Es así que esta historia (nuestra historia compartida) no podía estar al margen de su revista universitaria. Por esta razón, *Hojas Universitarias* se une a la celebración de seis décadas de existencia —sesenta años de pensamiento crítico, de escritura viva, de diálogo entre generaciones—, con el propósito no solo pertinente, sino urgente, de detenerse a mirar hacia atrás con los ojos del que Benjamin llamaba el ángel de la historia: ver en el pasado no una sucesión lineal de glorias, sino un campo complejo de esfuerzos, contradicciones y semillas que germinaron con el tiempo. Este número conmemorativo nace de esa convicción: que la memoria de una institución es tan grande como la amplitud de las voces que es capaz de reconocer. Y que honrar sesenta años de nuestra institución implica, antes que nada, honrar a quienes hicieron posible que existiera algo que mereciera ser contado. Porque sesenta años no se cuentan solo en cifras. Se cuentan en clases, en tesis, en libros catalogados y en pasillos bien barridos. Se cuentan en las decisiones que alguien tomó un día ordinario, sin saber que estaba construyendo historia. Se cuentan en los egresados que se fueron y en los que volvieron, en los que enseñaron durante décadas y en los que apenas empiezan; en los que sostuvieron la institución desde los márgenes del organigrama sin que nadie les agradeciera en los discursos oficiales. Este número nace de la certeza de que esos sesenta años merecen ser contados con una amplitud que la historia suele negarse a sí misma: no como la biografía de una institución, sino como la memoria viva de una comunidad.

Una memoria, sin embargo, no se construye sola. Necesita voces, y este número las convoca con deliberada generosidad. Entre quienes

han marcado con mayor profundidad el rumbo de la Universidad Central se encuentran dos figuras cuya trayectoria encarna la memoria de décadas de compromiso institucional: nombres cuya presencia en estas páginas es, a la vez, testimonio y continuidad: el Dr. Rafael Santos y el Dr. Jaime Arias, ambos exrectores y miembros permanentes del Consejo Superior. Sus voces son voces del pasado: son memorias en movimiento, experiencias decantadas que iluminan el presente y señalan el mapa de lo que esta universidad ha sido y la brújula para lo que puede llegar a ser. Leerlos en estas páginas es comprender que las instituciones no son edificios ni reglamentos, sino conversaciones largas que atraviesan el tiempo.

Por supuesto, el presente también tiene su propia voz, y es una voz de apertura y de futuro. La Dra. Paula Andrea López López, actual rectora de la Universidad Central, nos ofrece en este número una mirada sobre el presente de la institución de cara a los desafíos que el porvenir impone. Su perspectiva articula el legado recibido con la voluntad de transformación, ese equilibrio delicado entre la fidelidad a una historia y la audacia de imaginar lo que aún está por venir. Su contribución no es solo institucional: es también una declaración de principios sobre el tipo de universidad que queremos ser, sobre el lugar que la Universidad Central aspira a ocupar en la vida cultural, académica y social del país. Su texto es, en ese sentido, un puente tendido entre lo que fuimos y lo que estamos eligiendo ser.

Alrededor de esas voces que llevan el peso de la conducción institucional, este número reúne también las perspectivas de quienes habitan la universidad en su dimensión más cotidiana y más fértil. Voces que, desde los distintos espacios de la vida universitaria, siguen construyendo —ladrillo a ladrillo, clase a clase, investigación a investigación— el edificio siempre inacabado de esta institución. Directores y directoras de programas y escuelas que han navegado la complejidad de articular lo académico con lo administrativo sin perder de vista la misión esencial: formar personas. Docentes que llevan años, o apenas meses, parados frente a un grupo de estudiantes con la convicción de que cada clase es una oportunidad de ensanchar el mundo. Sus textos, sus reflexiones y sus perspectivas habitan estas páginas con la misma

legitimidad que las voces más reconocidas, porque la historia de una universidad es también la historia de quien enseñó por primera vez, lleno de dudas y de esperanza, un lunes a las siete de la mañana.

Y están, por supuesto, los estudiantes y egresados. Aquellos que ingresaron un día con la mochila llena de expectativas, de sueños, de preguntas todavía sin forma. Estudiantes que aprendieron un saber disciplinar, pero también a ver el mundo desde un horizonte universal. Sus maestros y maestras sembraron en ellos la semilla de la reflexión, así como la capacidad de pensar críticamente tanto dentro como fuera de las aulas. Su legado y su presencia en este número no son auxiliares: son fundacionales. Porque una universidad que no escucha a sus estudiantes es una universidad que ha olvidado para qué existe. Con trayectorias largas o recién comenzadas, con la frescura de quien aún lo ve todo por primera vez o con la madurez de quien ya sabe que las preguntas más importantes no tienen respuesta fácil, los estudiantes y egresados que participan en este número son, también, la prueba viva de que la misión de la Universidad Central sigue teniendo sentido.

Pero hay algo más que este número busca hacer, algo que va más allá de reunir textos y voces ilustres. *Hojas Universitarias*, en su número conmemorativo del sexagésimo aniversario, quiere saldar una deuda, al menos simbólicamente: la deuda con quienes sostuvieron esta institución desde los lugares que los organigramas llaman “apoyo” y que en realidad son fundamento. Las personas que limpiaron, que sirvieron, que cuidaron, que administraron con discreción. Las asistentes y los asistentes que conocen cada procedimiento, cada formato, cada plazo, y que son, en la práctica, la memoria operativa de la institución. Los vigilantes que cuidan lo que la comunidad universitaria ha construido. En todos ellos reconocemos la memoria de quienes hicieron posible la Universidad Central que hoy existe, y su trabajo merece ser nombrado con la misma dignidad que cualquier cátedra.

Esta decisión editorial—la de hacer visible lo que la historia tiende a invisibilizar—no es un gesto sentimental. Es una elección política en el sentido más noble del término: la política de quiénes cuentan, de quiénes merecen ser recordados, de qué tipo de comunidad queremos ser. Y por eso no podemos olvidar a quienes hicieron realidad nuestra

revista, en especial al maestro Isaías Peña, miembro del comité desde sus comienzos y director editorial durante buena parte de estos años. Desde su fundación, hace más de cinco décadas, la revista *Hojas Universitarias* se ha convertido en un espacio de pensamiento crítico, abierto a la reflexión humanística, comprometido con los temas sociales, filosóficos y científicos. Tal y como lo señalaron sus fundadores, esta revista “es el símbolo de la conciencia crítica constructiva y vigilante que se respira en el Claustro y de una visión serena, pero auscultadora de la problemática del país y las metas de integración y liberación latinoamericana” (p. 94, núm. 20, 1984). Hasta el sol de hoy, la revista mantiene vivo este espíritu. Por esa razón, a cada persona que participó como director/a editorial, editor/a jefe, hizo parte del comité editorial o colaboró en estos ochenta y ocho números, a todos ellos, aunque sus nombres no se mencionen directamente, tengan la seguridad de que en este número circula el ADN de su memoria, el legado de sus pensamientos, la laboriosidad de su constancia y arduo trabajo. Sería contradictorio celebrar ese legado sin asumir, en este número especial, la responsabilidad de ampliar el horizonte de lo que consideramos digno de su memoria.

Por eso, los textos que encontrarán en estas páginas no pretenden ser la historia definitiva de la Universidad Central, sino una invitación a seguir escribiéndola. Cada testimonio, cada reflexión, cada análisis, cada contenido que aquí aparece es un punto de partida para nuevas conversaciones, para otros números, para generaciones que aún no han llegado y que heredarán esta institución con la tarea de hacer algo nuevo y mejor con ella. La memoria no cierra: abre.

Este número de *Hojas Universitarias* aspira a convertirse en un insumo invaluable para toda la comunidad académica. Un documento que pueda ser leído por el estudiante de primer semestre que apenas está conociendo esta universidad, pero también por el egresado que lleva treinta años construyendo su vida fuera de estas aulas y que guarda en su historia personal el rastro de lo que aquí aprendió. Un texto que el docente pueda llevar al aula y el investigador pueda citar, pero que también pueda abrir en sus manos alguien que limpió estas

aulas durante veinte años y que merece encontrar, en estas páginas, un reflejo de su propia relevancia en esta historia.

Sesenta años de la Universidad Central son, en definitiva, sesenta años de una pregunta que se renueva: ¿quién construyó esta universidad? La respuesta que propone este número es, a la vez, sencilla y radical: todos. Quienes estuvieron, quienes están y, por supuesto, quienes llegan. A todos corresponde, en suma, preservar y honrar su memoria. ○

Diego Armando Sierra Amortegui

Director editorial

Hojas Universitarias

